



Polis

Revista Latinoamericana

3 | 2002

Descentramiento y nuevas miradas

Michel Foucault, *Los anormales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000, 352 p.

Sergio Witto Mättig



Édition électronique

URL : <http://journals.openedition.org/polis/7792>

ISSN : 0718-6568

Éditeur

Centro de Investigación Sociedad y Políticas Públicas (CISPO)

Édition imprimée

Date de publication : 2 décembre 2002

ISSN : 0717-6554

Référence électronique

Sergio Witto Mättig, « Michel Foucault, *Los anormales*, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000, 352 p. », *Polis* [En ligne], 3 | 2002, mis en ligne le 21 novembre 2012, consulté le 01 mai 2019.

URL : <http://journals.openedition.org/polis/7792>

Ce document a été généré automatiquement le 1 mai 2019.

© Polis

Michel Foucault, Los anormales, Ed. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2000, 352 p.

Sergio Witto Mättig

‘Se trata de pensar el sexo sin la ley y, a la vez, el
poder sin el rey’.
Michel Foucault.

- 1 Ha sido decisión de los editores franceses¹ anexar a las clases que conforman el texto de *Los anormales*² el resumen que el propio Foucault hiciera para el Collège de France³; en dicho resumen Foucault vuelve sobre lo que constituye su curso lectivo 1974-1975. Sin que haya mediado la iniciativa del autor se trata de una práctica perfectamente institucional el resumen en tanto objetivación escriturística va a adquirir cierta autonomía. No se trata por cierto de una ruptura con respecto al original, no hay la voluntad de someter a revisión lo dicho, ni de refutar cuales serían sus hipótesis fundamentales, se trata más bien de un emplazamiento que reinstala el curso en una escena distinta. En el resumen ya no está el ‘efecto de grupo’ (Foucault 1975) teatralizando la discusión, es posible entonces, en mejores circunstancias, examinar su economía. La lengua, sin embargo, sometida ahora a un registro vigilado por la escritura, pone ante los ojos un riesgo no menor. El riesgo dice relación con el trabajo genealógico, se trata de sus determinaciones tras el ‘advenimiento de un mundo geopolítico global’ (Virilio 1996: 181) cooptado esta vez por la observación satelital simultánea. En este contexto al trabajo genealógico le corresponde acuñar una sensibilidad que evalúe la transformación de la escena política actual, en tanto atravesada, más allá de sus soportes, por nuevas formas de censura. Uno de los rasgos más prevalentes de esa actualidad se convoca ante la forma mediática y sobre todo ante su normalización monopólica creciente. Aunque la genealogía no ponga en marcha un rechazo generalizado de las prótesis informáticas, sí contempla la posibilidad de su diversificación; la genealogía *difiere* por tanto todo proyecto futuro en función del examen acusoso de sus límites normalizadores.

- 2 Es en razón de esos límites normalizadores que las relaciones de poder seleccionan el rango de 'receptibilidad' del flujo mediático a fin de acumular residualmente lo que no logra traducirse en políticas de la lengua. A partir de aquí una serie no preestablecida de tentativas genealógicas debiera articularse en torno a análisis poco espectaculares, políticamente opacos en tanto que el *sitio retráctil* que parece constituir nuestro presente desplaza indefinidamente el vínculo entre archivo y facultad visual. Si la ley de lo dicho difiere de su imagen, el estatuto de lo visible bien podría hoy responder a la sobreestimación de unos textos menores, excéntricos y marginados aunque leídos de una determinada manera. Bajo el expediente de la genealogía han de analizarse no sólo esos textos en su recurrencia específica, sino insertarlos en la memoria de las luchas. Al subvertir el emplazamiento visual de sus soportes tradicionales, cabe esperar que evidencien su efecto normalizador, lo que ellos cautelán o marginan. Puede emerger a partir de aquí un espectro de hábitos hasta ahora inciertos, que el archivo concite en su convocatoria visual [por ejemplo] un *derecho de mirada* bajo un doble registro: como abuso de autoridad, bruscamente usurpada o impuesta y como símil de resistencia. *Derecho de mirada* que, en el cerco de nuestra actualidad, hace comparecer el ojo (y su virtualidad protésica) con lo que en el espacio público viene siendo administrado por la circulación de imágenes.
- 3 Pero también se arriesga la posible dispersión del archivo en favor de su empoderamiento genealógico. La dificultad de disponer de un concepto estable de poder en tanto que éste responde a estrategias no estratificadas, a relaciones de fuerza desconocidas conspiraría en desmedro de la formación histórica. Que la idea foucaultiana de poder deba comprenderse con independencia de sus simulacros, significa que las formas concretas reveladas por el discurso quedarían subsumidas en una 'física de la acción abstracta' (Deleuze 1986: 101). La constelación de los anormales no surge entonces del azar ni del universo de la psicopatología de los siglos XVII y XVIII, como lugar de visibilidad dicho universo se plasma 'en correlación con todo un conjunto de instituciones de control, toda una serie de mecanismos de vigilancia y distribución' (Foucault 1975: 297). Se trata de una pura funcionalidad que no se identifica con los contenidos que encarna. En *Los anormales* el monstruo humano se dice con respecto al imperio de la ley, se trata en rigor de la interrupción que acontece tras el quebrantamiento iusnaturalista de su equilibrio interno; el individuo a corregir invoca la proliferación de las prótesis disciplinarias al interior del ejército, las escuelas, los talleres y la propia familia; el onanista finalmente engrana la nueva síntesis entre sexualidad y teleología filial. Toda vez que un estrato singular pretende la luminosidad total del poder, no consigue más que un reflejo, un índice variable y, a pesar de ello, el trabajo de archivo no tendría mucho que integrar de no existir esa luminosidad que materializa el poder.
- 4 Enfrentados a la radicalización de la empresa genealógica es preciso reconocer que el trabajo de Foucault había transitado primeramente por el lado de la historia. Los hechos se encuentran comprometidos con un orden institucional que los introduce en su nicho enunciativo (Jalón 1994: 33). Trátese de la locura, la clínica o el encierro, todo ello participa de una ecología epocal que posee su lengua propia. Foucault sabe reconocer en esa historia la esotérica del poder, quizá por ello no pueda *disponer* de los enunciados con que el poder captura una forma específica. Para Foucault los enunciados son esencialmente raros nos lo recuerda Deleuze (Deleuze 1986: 28) en virtud que toda frase impide, contradice o reprime otras; a un enunciado le adviene pues el efecto de lo no dicho multiplicando su sentido, suscitando una interpretación desigual. Con *Los anormales*

Foucault consigna la diferencia que separa las formaciones históricas del poder que las suscita. La genealogía va a producir la rareza de los enunciados al sustraerles su identidad plena, al encriptar en el centro de su *logos* un corte transversal que fisura cualquier pretensión de autonomía. Esto hace de la genealogía una memoria de los enfrentamientos, una suerte de hermenéutica de las prácticas convulsionada ahora por lo inadministrable del poder.

- 5 O los saberes han podido desaparecer en virtud de los requerimientos de una fuerza empeñada en capitalizar sobre sí la enunciación de sus efectos, o bien la anormalidad viene a subsumir todo linaje en un gesto más visible, en un descuido más elemental e inconsistente. ¿Cuál ha podido ser la fuerza cuya encarnación requirió ese desaparecimiento? ¿O no ha habido más que una larga historia de sutiles simulacros divorciada de un sentido pleno y cuya reciente saturación haría irrelevante pensar allí las vicisitudes propias de todo saber? El elenco multifacético de anormales cuyo padecimiento parece responder a la acumulación de una cantidad fija de dolor, podría desembocar, a tientas o por exceso, en lo más sublime. La movilidad calculada, el cruel emplazamiento que hace del cuerpo el lugar de la peripecia burguesa, ha podido mostrar lo menos evidente a un tiempo que el encabalgamiento del poder mismo.
- 6 En la marca invisible del poder, bien pudo inscribirse la pre-historia de la teoría penal otrora indicio de la elección divina. La desnudez del anormal no ha dejado de concitar el interés de la hermenéutica teológica en torno a la condición humana y su destino moral. En cualquier caso, un devenir paralelo pero de muy diversa índole al primitivo es el que se desliza en la historia de Occidente. El cuerpo emerge tras la quema de su carne ¿qué duda cabe? pero el arrebató de la ira de Dios da lugar a la aporía: exceso y a un tiempo borradura del placer. En los albores de la modernidad el álbum familiar continuaba mostrando aquella fisonomía peligrosa con que se suele asociar la traza histórica del deseo. ¿Demasiada crisis, demasiada irreverencia para una sociedad acostumbrada a cotejar su alma con el borde luminoso de un pasado eternizado? ¿O más bien una nueva estrategia en la economía del poder?. Aires de revolución amenazan un estado de cosas decidido a sobrevivir a cualquier precio. Pero al estilo múltiple del exceso no le sale al encuentro la sobriedad de las formas clásicas. La desmesura también corre a cuenta de un poder dispuesto a no ceder su lugar de privilegio. Se trata de avalar un exceso, sí pero una muy distinta a la descontrolada energética del descontrol.
- 7 ¿Qué forma adopta el anormal después de la experiencia del poder, es aquella forma la misma que no ha dejado de predecir su medicalización y su delito? Es posible que los anormales entablen con el poder unas relaciones cuya distancia con respecto a sus encarnaciones fundaría una manera de ser nueva e inclasificable del presente. Buena parte de la sensibilidad de quienes se han visto afectados de algún modo por lo anormal, reclama su derecho de no pertenencia a una multiplicidad de simulacros: imagen pública, individuo peligroso, representante de la especie. Tras ese circuito representacional de la forma abstracta, comparece el cuerpo y la asignación de una identidad flotante, comparece a última hora, el ser y los entes, y allí, en la anormalidad misma, se vuelve a conjugar la idea. En cualquier caso, en dicho comparendo late la presencia de una línea divisoria cuya episteme separa del original lo que no vendría a ser más que su falsificación póstuma. Carece de interés pensar allí la espectralidad del anormal.
- 8 Lo que después de los estoicos, Spinoza o Nietzsche debía operar como inversión del platonismo (Deleuze 1968: 255-267), esa disposición para ‘desplazarse insidiosamente por él, bajar un peldaño, llegar hasta ese pequeño gesto ¿discreto, pero moral? que excluye el

simulacro' (Foucault 1970: 11), ese abrirle paso a un plan maestro que guardándose de la pretensión trascendental se refiera a la inmanencia, redundando en la posibilidad de inscribir en tal inversión, ahora, una hipótesis plausible. Se querría pensar a un tiempo idea y simulacro. Con mayor exactitud: la anormalidad involucra una cierta filiación con la idea, de ahí que no sea tributaria de una producción ideológica ad-hoc su reverso, la normalidad, como si el delito en cuestión pudiera configurarse en la concordancia plena a un sentido primordial.

- 9 La consigna del poder «se sabe» suele señalarse como uno de los rasgos más controvertidos del proyecto foucaultiano; el énfasis genealógico opera allí donde todo parecía discurrir pacíficamente, es en virtud de una contienda beligerante que el poder discurre a través de los discursos. Ello ha podido suceder luego de sustraerle al poder su enlace con la soberanía. El poder había hallado en la soberanía una clave hermenéutica de su propia operatoria. De ahí que un saber cualquiera pueda, instalado en sus propias leyes de configuración interna pero apoyado ahora por el principio de soberanía, corregir un sinfín de resultados y añadir beneficios suplementarios. La soberanía promete un acceso, de algún modo lo provoca. Una nota destacada de esta decisión, que la distingue de las teorías políticas precedentes, es su capacidad para satisfacer las exigencias del soberano. A la hora de ponerse a prueba, dicha soberanía no obstante parece reducirse a una expresión más sobria.
- 10 La verificación histórica que lleva a cabo Foucault en *Los Anormales* prepara el advenimiento de un nuevo concepto de poder, dicho concepto constituirá el punto de inflexión en su siguiente curso del Collège de France y encontrará más tarde en *La voluntad de saber* su lugar definitivo. Si los diversos tipos de *anormalidad* ya no son prerrogativa del poder ejercido por el soberano, ni el Estado, ni la religión pueden entonces arrogarse el origen de donde emana su investidura o sus efectos concomitantes. Los anormales convocan más bien una serie indefinida de distribuciones horizontales de poder. Esta parece ser la hipótesis que Foucault trabaja en el curso del '76. El siglo XVIII se inclina paulatinamente hacia una soberanía fragmentada, ella empieza a tener una existencia marginal aunque podrá sobrevivir todavía bajo condiciones adversas. Con Boulainvilliers emerge un campo histórico-político de reflexividad. Se advierte aquí una estrecha relación entre soberanía e informalidad. Y es en este sentido que el texto de *Los anormales* suscribe un proceso global de reflexión, el cual gira siempre en torno a sí mismo. Es posible que la soberanía de la que habla el siglo XVIII haya visto limitada su pretensión de sentido luego de examinar con especial diligencia sus elementos programáticos. Es en razón de su resquebrajamiento que el principio de soberanía deviene anacrónico. El dictum foucaultiano considera el presente de la soberanía como resultado de una analítica que ha podido desplegarse en un campo histórico-político determinado. Pero no se trata de un despliegue finalizado sino más bien una etapa en el proceso bélico de confrontación entre fuerzas opuestas que pugnan por el control y la dominación. Todo desarrollo histórico es concebido por Foucault como manifestaciones de una mecánica estable de gobierno, como prácticas que buscan restaurar la estabilidad o como luchas permanentes. El despliegue histórico de la soberanía no involucra su culminación sino aquella manifestación de equilibrio de poder sobre los individuos.
- 11 En rigor es el propio campo histórico-político el que ensaya una especie de movimiento en la frontera cuya operación más portentosa estaría vinculada a la actualidad del poder. Pese a ello, por más que una disputa teórica como ésta se esfuerce en hallar el grado exacto de su consistencia, se topará ineludiblemente tarde o temprano, con otro

movimiento. Esta vez se trata de un movimiento de recambio más difícil de ubicar. Si hemos de tener en cuenta como única referencia el ideal de soberanía, en el análisis histórico-político hay siempre *algo* que la impulsa a cambiar de dominio: si el de la sexualidad funciona —por ejemplo— ‘según técnicas móviles, polimorfos y coyunturales de poder’ (Foucault 1976: 130), algo similar le ocurre a la soberanía; se trata entonces de dejarse instruir por un concepto de poder que traslada el privilegio de la ley hacia la prevalencia del objetivo, el de lo prohibido hacia la eficacia táctica, el privilegio de la soberanía ‘por el análisis de un campo múltiple y móvil de relaciones de fuerza donde se producen efectos globales, pero nunca totalmente estables, de dominación’ (Foucault 1976: 124). Esta urgencia política no consiste sólo en ubicar un dominio determinado, capacidades de estudio ya codificadas, sino en *producir* algo no susceptible de ser alineado en ningún saber según un sentido aún convencional que se otorga a tales prácticas. Este modo productivo, en suma, desplegaría sus recursos cuya condición de crecimiento radica en su valor de uso: *sólo en el darse crecen*. Contra la opinión todavía generalizada de que el horizonte del poder estaría abocado al gasto, éste tendría recursos suficientes para asegurar su sobrevivencia. De mediar la escasez operaría en el poder una deuda permanente. En este sentido la soberanía propende a clausurar la experiencia de la abundancia volviendo su mirada a la supuesta época áurea del poder del rey. Lo real sería por excelencia el lugar del simulacro, de la invisibilidad de todo aquello que bien pudiera, bajo otro registro de inscripción, pasar por abundante. Este diferendo le proporciona a Foucault una hipótesis tentativa: el principio de soberanía bien puede corresponder a una propensión exhibicionista, a la necesidad de reproducirse a sí misma dentro del límite impuesto por las condiciones de su propia episteme.

- 12 *Los anormales* cuenta con dos líneas argumentales: la primera dice relación con una mirada hipotética que sospecha y se pregunta por la estrategia del poder, si ella no produciría un tutelaje de las experiencias bajo el formato de lo universal, si no terminaría por clausurar toda posible diversidad lingüística; la segunda se refiere al descentramiento de la función represiva de un poder unívoco centrado en el soberano.
- 13 Pero la cuestión de la soberanía orienta todo el trabajo que Foucault venía desarrollando en los cursos que preceden a la publicación de *La voluntad de saber*. Se trata de pensar un asunto que posee grandes dimensiones; incluso si la soberanía no permite evocar el poder sino en forma directa, ella atraviesa la totalidad del campo histórico-político de donde emergen los individuos. Es en razón de este paso que su presencia efectiva se mide siempre por un criterio esencial: la participación y el acceso a la experiencia de la singularidad, a su constitución y a su hermenéutica. Dicho anclaje es clave para entender lo anormal en tanto determinado por un dominio específico. La soberanía por su parte intenta articular el acontecimiento inadministrable de esa diferencia, esto es, el movimiento que describe el proceso de subjetivación.
- 14 El dictum de anormalidad que subyace a la soberanía puede ser entendido como una escena mediática, estructura de capitalización. Hasta el siglo XVIII la soberanía pudo prevalecer al conseguir el emplazamiento de su visibilidad. Con Boulainvilliers comienza una reestructuración visual de la soberanía la que bien podría traer consigo un aumento cada vez más fragmentario de los saberes locales. Se descubría el reverso del poder, lo que la reflexividad trascendental había desplazado. Todo va a depender ahora de cálculos más o menos conscientes, más o menos imaginarios, de mini-radioscopías cotidianas, de una física de las relaciones en gran medida regida por fuerzas pulsionales, por unos efectos y

por unos fantasmas que no han esperado estos pequeños cálculos para ponerse en marcha. Debido a ello, el cerco de la soberanía se hace cada vez más evidente.

- 15 En tanto que la idea de soberanía va perdiendo su valor de intercambio la anormalidad alcanza el estatus de riesgo a controlar. Un nuevo modo de producción enviste lo que hasta ese momento parecía responder a la simple argucia de un desplazamiento. Desplazamiento es el primer sentido con que se traduce traduce la *Verdrängung* freudiana. No se requiere haber transitado por el currículo psicoanalítico para encontrar sus resonancias en Foucault (Miller 1989: 67-73; Forrester 1990: 342-376) . Basta una regular asiduidad a su obra para persuadirnos de su peso y su gravitación. La *Historia de la sexualidad* está transida toda ella por una distancia crítica con respecto a lo que Foucault llama 'hipótesis represiva' (Foucault 1976: 23-48). En la teoría de la represión la primera dificultad que importa salvar es la de una supuesta unidad que opera en su economía interna, pero tal unidad pertenece a una *representación* la que no es susceptible en todos los casos reducir a lo homogéneo. En tanto participa de las operaciones del inconsciente comporta la posibilidad de su desconstrucción. No obstante lo anterior, la teoría de la represión viene determinada por un proyecto integrador y, suponiendo que sus efectos produjeran un nuevo concepto de poder, su emergencia no es nunca intemporal. Lo que signifique la represión está de lado a lado comprometida con su dimensión histórica: orienta su pasado y su futuro en la medida en que ella es el término y la realización del sentido histórico. Pero el tiempo de la represión —según Foucault— debe tener una duración limitada. De su propia contingencia le viene su fragilidad relativa. Pretender conocer el sentido *antes* de la experiencia histórica significa flanquear su límite y su verosimilitud, darle valor institucional al proceso en el que se despliega esa experiencia. Significa invertir un dato que se presume insustituible: la represión se presenta siempre como la posibilidad de articular los hitos de la experiencia epocal. Su crítica viene avalada, en suma, por el hecho de que el acontecimiento histórico tiene que ver con una sensibilidad siempre nacida en el pasado pero que espera una transformación que intenta inscribir en el porvenir. De ahí le viene al dominio su tensión subyacente a todo estrato cuando éste allana las diferencias; de ahí su repulsa a un orden institucional que siempre difiere de lo previsto por la historia. Si la *hipótesis represiva* reclama necesariamente una teoría de la liberación, la trama histórico-política de las luchas afirmará por su parte que ningún proceso de cambio puede situarse exclusivamente en el futuro. A diferencia de lo que acontece con el régimen local de la experiencia histórica, es la teoría de la represión quien enlaza a la crítica un desarrollo centralizado universal.
- 16 La anormalidad dista de responder a una teoría de la represión que moviliza sus elaboraciones conceptuales y desemboca en sus prácticas correspondientes. El texto de *Los anormales* suscribe un modo de producción más que un desplazamiento del poder. Nada tiene de extraño, entonces, que dicho texto suscriba la captación discontinua, instantánea y plural de un dispositivo también fluctuante, y que esta constelación de instantes se presente como otros tantos puntos tangenciales en el diagrama del poder. Y nada debe extrañar tampoco que el punto de vista de la experiencia histórica, engendrado por el significado del propio poder, se oponga tan radicalmente al estilo progresivo de cuantificar esa experiencia a partir de su prohibición. Los anormales constituyen eclosiones productivas cuyo resplandor corresponde históricamente al reverso de unos estilos convencionales de ejercer la normalidad.
- 17 La constitución de un campo histórico-político se enfrenta al estilo de la trascendencia. Y ya que esta trascendencia plantea la elaboración sistemática de una teórica específica,

la anormalidad no es tanto la medida de un movimiento institucional (médico o jurídico) cuanto un signo indiscutible de su desborde. ¿Qué consecuencias puede tener entonces la inclusión del universo de los anormales a la analítica dieciochesca? El primer resultado revela un efecto de retardo. La anormalidad y su correlato represivo representa el momento de una reflexión identificada con su universalidad. Suscribir una política de distanciamiento frente al propio tiempo significa diversificar las aproximaciones, deslindar el acontecimiento de los asuntos específicamente filosóficos. El segundo resultado es que el paso de la historia al lenguaje tampoco excluye el renacimiento deliberado de la experiencia en el discurso filosófico. Las relaciones equívocas entre experiencia histórica y lenguaje constituyen precisamente un modelo de transición de la no filosofía a la filosofía que, en sí mismo, comporta una cierta multiplicidad interna. Pero cual fuera esa equivocidad, este modelo representa en cuanto encrucijada totalizadora, una configuración finita, un espacio de variaciones limitado que irrumpe con el acontecimiento.

- 18 Con *Los anormales* es posible nombrar otras formas de sujeción muy distintas de las convencionales. Se trataría de leer, en cualquier caso, el curso del '75 no como el mero precursor de una monumentalidad filosófica más, sino como el encabestramiento de estratos superpuestos a través de diversas discursividades. El trabajo de Foucault no representa sólo el paso de la experiencia histórica al lenguaje, sino también el de la porosidad lingüística con respecto a la historia. Esto tiene un sentido particularmente valioso en lo que se refiere a la soberanía. Nos encontramos aquí entre la experiencia de la historia y el análisis discursivo sin que esta díada sea una simple forma de transición confusa. ¿Por qué el principio de soberanía no consigue explicar el universo de la anormalidad? No sería decisivo responder que la soberanía conserva la huella de la experiencia y los modos de pensar de la filosofía. Lo que seguirá en entredicho será la limitación interna de la lengua a propósito de su comparecencia en la historia.

BIBLIOGRAPHIE

Deleuze, Gilles (1969), *Lógica del sentido*, Ed. Paidós, Barcelona 1994.

-Idem (1986), *Foucault*, Ed. Paidós, Buenos Aires 1987.

Forrester, John (1990), *Seducciones del psicoanálisis: Freud, Lacan y Derrida*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1995.

Foucault, Michel, *Theatrum philosophicum: Critique 282* (1970) 888.

-Idem (1976), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Ed. Siglo XXI, México 1977.

-Idem (1975), "Les Grands Prêtres de l'université française": *Le Nouvel Observateur* (7 de abril 1975).

-Idem (1975), *Los anormales*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires 2000.

Jalón, Mauricio, *El laboratorio de Foucault. Descifrar y ordenar*, Ed. Anthropos, Barcelona 1994.

Miller, Jacques-Alain (1989), 'Michel Foucault y el psicoanálisis' en AA.VV., *Michel Foucault, filósofo*, Ed. Gedisa, Barcelona 1990.

Virilio, Paul (1996), *Un paisaje de acontecimientos*, Ed. Paidós, Barcelona 1997.

NOTES

1. Se trata de François Ewald y Alessandro Fontana (quienes auspician la labor de Valerio Marchetti y Antonella Salomoni).
2. La traducción castellana a cargo de H. Pons trabaja sobre M. FOUCAULT, *Les anormaux. Cours au Collège de France. 1974-1975*, Ed. Seuil/Gallimard, Paris 1999.
3. Con el propósito de dar a conocer sus actividades académicas la institución publica un anuario que consigna la síntesis de los distintas conferencias y seminarios dictados durante el año. Cada resumen está a cargo del profesor del curso respectivo; cf. M FOUCAULT, *Les anormaux*, Annuaire du Collège de France, 75^a année, Histoire des systèmes de pensée, année 1974-1975, 335-339. El mismo resumen aparecerá luego en la edición dirigida por Daniel Defert y François Ewald (con la colaboración de Jacques Lagrange): M.FOUCAULT, *Dits et écrits I, 1954-1975*, Ed. Quarto/Gallimard, Paris 2001, 1690-1696.